

Oswaldo Soriano

No habrá más penas ni olvido

Prólogo de José Pablo Feinmann





Seix Barral

Oswaldo Soriano

No habrá más penas
ni olvido

Prólogo de José Pablo Feinmann

—Tenés infiltrados —dijo el comisario.
—¿Infiltrados? Acá sólo trabaja Mateo y hace veinticuatro años que está en la delegación.
—Está infiltrado. Te digo, Ignacio, echalo porque va a haber lío.
—¿Quién va a hacer lío? Yo soy el delegado y vos me conocés bien. ¿Quién va a joder?
—El normalizador.
—¿Quién?
—Suprino. Volvió de Tandil y trae la orden.
—Suprino es amigo, qué joder. Hace un mes le vendí la camioneta y todavía me debe plata.
—Viene a normalizar.
—Normalizar qué. Estás leyendo muchos diarios vos.
—El Mateo es marxista comunista.
—¿Quién te metió eso en la cabeza? Mateo fue a la escuela con nosotros.

—Se torció.

—Pero si lo único que hace es cobrar los impuestos y arreglar los papeles de la oficina.

—Yo te aviso, Ignacio, echalo.

—Cómo lo voy a echar, gordo. Se me va a venir el pueblo encima.

—¿Y para qué estoy yo?

—¿Para qué estás?

—Para cuidar el orden en el pueblo.

—Vamos, gordo, vos estás jodiendo. Andá a la mierda.

—Te digo en serio. Suprino está en el bar. Te va a ir a ver, te va a aconsejar.

—Que me pague lo que me debe antes. Si no, te lo voy a denunciar.

Ignacio salió de la comisaría. Dos agentes que estaban en la puerta, bajo un árbol, lo saludaron. Montó en la bicicleta y pedaleó despacio. Iba pensativo. El sol calentaba con treinta y seis grados esa mañana. Cuando llegó a la esquina aminoró la marcha y dejó que cruzara el camión de Manteconi que repartía los sifones. Pedaleó hasta la otra cuadra, en pleno centro del pueblo, y paró frente al bar. Dejó la bicicleta en la vereda, a la sombra, y entró. Se sacó la gorra y saludó con una mano; le contestaron dos viejos que jugaban al mus. Fue hasta el mostrador.

—Hola, Vega. ¿Lo viste a Suprino?

—Recién se va. Está alborotado. Se fue a verlo a Reinaldo a la CGT. ¿Va a haber huelga?

—¿Dónde?

—Acá. Dice Suprino.

—Putá che, están todos locos. Dame un a coca-cola.

La tomó de la botella, a tragos largos.

—¿Qué pasa, Ignacio?

—Qué sé yo. ¿Qué más te dijo Suprino?

—Poca cosa. Que vas a renunciar.

—¿Yo?

—Vos y Mateo. Dice que son traidores.

—¿Eso dijo?

—Sí.

—¡Hijo de puta!

—Que sos traidor. Lo dijo delante de Guzmán.

—¿Qué hacía el martillero acá?

—Lo estaba esperando, me parece. Se fueron juntos a la CGT.

—Vos sabés que Guzmán no es peronista. Nos cagamos a golpes por eso en el 66.

—En la plaza, me acuerdo.

—Me hizo meter preso por peronista cuando Soldatti era comisario. Cobrame.

—No —Vega sonrió con su dentadura amarillenta y despareja—. Si te vas a quedar sin trabajo.

—Bueno, chau.

Ignacio tomó la bicicleta y pedaleó fuerte. Un golpe de Estado. Una sonrisa amarga apareció en su cara: “A mí me van a enseñar a ser peronista”.

De pronto sintió un extraño brío. Nunca pensó que tendría que enfrentar un golpe de estado, como Perón, como Frondizi, como Illia. Llegó a la plaza. Dejó la bicicleta contra un banco y caminó hasta la arboleda más tupida. Eran las once y la plaza estaba desierta por el calor. Se sentó en el césped y sacó un cigarrillo.

—¿Cómo le va, don Ignacio? —dijo el placero.

—Dejame que voy a pensar. Andá a regar más allá.

Se tapó la cara con las manos. “Me quieren mover el piso”, se dijo en voz alta. Fuera de la plaza, los parlantes empezaron a vocear propaganda. Trató de repasar la situación. Suprino era secretario del partido. Ignacio lo había mandado el día anterior a Tandil a pedir al intendente que votara la partida para ampliar la sala de primeros auxilios. Volvió agrandado y consiguió meter en algún asunto al comisario y a Guzmán. Ahora lo querían joder. “Pero el pueblo me eligió a mí. Seiscientos cuarenta votos. ¿Qué es eso de que Mateo es comunista? Cuando lo echaron a Perón, en el 55, ya estaba en la municipalidad. Estuvo después, estuvo siempre. Nunca le pregunté si era comunista. Bolche es Gandolfo. De siempre fue, pero lo saben todos. Es el único en Colonia Vela. Tiene la ferretería y nadie lo jode. Si hasta estuvo en la comisión vecinal una vez. Y yo soy infiltrado de qué, la puta que los parió; los voy a meter a todos presos, carajo”.

—¡Che, Moyanito, vení!
El placero soltó la manguera y caminó apurado.
—Diga, don Ignacio.
—Decime, ¿qué te parece si los meto presos a Guzmán y a Suprino?
—¿Qué hicieron, don Ignacio?
—Se han sublevado.
—¿Qué es eso?
—Me quieren echar.
—¡A usted!
—Sí. A mí y a Mateo.
—¡Pero don Mateo de qué va a vivir! ¡Tiene la señora enferma y la hija estudia en Tandil!
—Nos quieren echar.
—¿Por qué, don Ignacio?
—Dicen que no soy peronista.
—¿Que no es peronista? —el placero se rió—; yo lo vi a usted a las piñas acá con Guzmán por defenderlo a Perón.
—Los meto presos.
El viejo placero se quedó pensando.
—¿Y qué dice el comisario?
Ignacio recibió la pregunta como un hachazo. Se paró y corrió hacia la bicicleta.
—¿Dónde está el comisario?
El preso que lavaba el zaguán levantó la vista y se cuadró.
—Adentro, con el oficial Rossi y los seis milicos. Me sacó del calabozo y me mandó que lavara la bandera y el piso.

Ignacio entró. La oficina estaba desierta. Salió al patio y los vio. El comisario estaba frente a la tropa y Rossi a su lado, con el uniforme más limpio. Alcanzó a escuchar que el comisario gritaba: “para terminar con el enemigo apátrida que se ha infiltrado en Colonia Vela”.

—Venite a mi oficina, Rubén.

—No me des órdenes, Ignacio.

—Qué mierda hacés cagado de calor en el patio. Vení a la oficina.

—No voy. No va nadie. Vos no me das más órdenes, Ignacio. Sos un traidor.

Ignacio supo que no bromeaba. Lo miró fijamente un rato, luego le dio la espalda y salió. En el zaguán se paró frente al preso.

—¿Cómo te llamás vos?

—Juan Ugarte, señor.

—Te vas al municipio y me esperás allá.

—Sí, don Ignacio.

El delegado tomó la bicicleta y salió. El preso corrió calle arriba. Era mediodía. Por los parlantes una voz gritaba tan fuerte que sólo se oía un chillido confuso.

—¡Compañeros! ¡Compañeros!

Ignacio reconoció la voz de Reinaldo.

—¡Compañeros! ¡Los comunistas de Colonia Vela traban nuestros justos pedidos de fondos para la guardia de primeros auxilios! ¡Demoran el permiso para construir el monumento a la madre! ¡Impiden la instalación de las cloacas! ¡Compañe-

ros! ¡Echemos a los traidores Ignacio Fuentes y Mateo Guastavino! ¡Con la CGT de los trabajadores y la policía del pueblo desbarataremos la maniobra sinárquica contra Colonia Vela! ¡Compañeros! ¡De pie en apoyo del secretario general del justicialismo, compañero Suprino! ¡Hagamos tronar el escarmiento contra la oligarquía marxista!

Ignacio frenó la bicicleta con el taco del zapato y la dejó contra el frente del almacén. Era un viejo caserón que había sido de su padre, como también el negocio que ahora atendía su mujer.

Felisa envolvió los cien gramos de jamón, los entregó a una chica de largas trenzas y se limpió las manos en el delantal.

—Ya cierro, Ignacio. La comida está casi lista.

—¿No escuchás los parlantes?

—No les presté atención.

—Hay revolución, vieja. ¡Me hacen una revolución! ¡Como a Perón!

—¿Qué decís?

—Cerrá el negocio; ¡rápido!

Felisa cerró las dos hojas de la puerta de madera y dio un par de vueltas a la llave.

—Escuchame, Felisa: yo voy a salir. No abras a nadie. A nadie, ¿me entendés?

—¡Ignacio! ¡Qué hiciste, Ignacio!

El delegado fue hasta el dormitorio y sacó de la cómoda un viejo Smith and Wesson. Buscó entre las sábanas cuidadosamente plegadas y juntó todas las balas. Quince en total.

—Traeme la escopeta.

—No, Ignacio. ¿Qué vas a hacer? ¡Te van a matar!

—¡Qué mierda me van a matar, si son unos cagones!

—¡Voy a llamar a Rubén!

—Es contra ese hijo de puta que voy a pelear. Ignacio se puso el revólver a la cintura y se echó la escopeta al hombro. Besó a su mujer en una mejilla y antes de salir le dijo:

—Dios me hubiera dado un hijo para verlo pelear al lado de su padre.

La calle estaba desierta. Desde el centro, a seis cuadras, llegaba el griterío del parlante. Ignacio buscó con la mirada a su alrededor.

—Mierda, me robaron la bicicleta.

Sobre la pared donde estuvo apoyada, alguien había escrito con carbón:

*Fuentes traidor
al pueblo peronista*

—¡Hijos de puta! ¡A tiros voy a llegar al municipio!

Sin embargo nadie parecía oponerse.

Ignacio vio a doña Sara, la vecina de enfrente, que lo observaba a través de la ventana. Desde un zaguán, sin dejarse ver, alguien gritó:

—¡Arriba Fuentes viejo!

El calor era insoportable. Ignacio caminó hacia la esquina. A los 51 años había perdido de-

masiado pelo como para andar sin gorra bajo el sol. Sintió la transpiración en el cuello; la camisa se le pegaba en las axilas y bajo la correa de la escopeta.

—¡Ignacio! —el grito lo detuvo. Se dio vuelta y vio a su mujer que corría hacia él. Llevaba un cinturón con cartuchos.

—Te los olvidaste.

La miró con una leve sonrisa.

—¿No me trajiste la gorra?

—No, los cartuchos. Te la voy a buscar.

—No. No salgas de casa. Andá.

Tomó la calle principal y avanzó dos cuadras a pasos lentos. El pueblo parecía desierto. Al llegar a la calle de la municipalidad se detuvo y miró antes de doblar. Frente a la entrada montaban guardia dos policías.

—¡Milicos! —gritó Ignacio.

Hubo un silencio.

—¡Milicos!

Los agentes miraron las puertas de los zaguanes vecinos. Estaban armados con viejas ametralladoras.

—¡Acá, boludos, en la esquina!

Los policías se dieron vuelta. Ignacio gritó:

—¿Dónde está el comisario?

—¡El comisario Llanos se fue a almorzar! —gritó un agente.

Los parlantes habían dejado de emitir las proclamas. Era la una de la tarde y todo el pueblo se

disponía a la siesta. Ignacio avanzó hacia la municipalidad. Un agente le salió al paso.

—No puede entrar, señor.

—Orden de quién.

—Del comisario Llanos, señor.

—Y vos, ¿cómo te llamás?

—García, señor.

—¿Y vos? —se dirigió al otro agente.

—Comini, señor. No puede entrar.

—¿Dónde andan los otros?

—Acuartelados, señor.

—Ajá. ¿Quién los manda?

—El comisario, señor.

—¿Y si no está el comisario?

—El oficial Rossi.

—¿Y si no está?

Los agentes se miraron.

—¡Acá mando yo, carajo! ¡Firmes, carajo! —gritó Ignacio.

Se cuadraron.

—A vos, García, te nombro cabo y te aumento el sueldo. ¿Cuánto ganás?

—Ciento cuatro mil con el descuento y el salario familiar, don Ignacio.

—Te vas a ciento cincuenta.

—Gracias, señor.

—¡Cabo García!

—Ordene, señor.

—Mande al agente Comini a buscar al placero.

—Sí, señor. ¡Agente Comini!

—Sí, mi cabo.

—¡Corra a buscar al placero Moyano! ¡Rápido!
Comini cruzó hacia la plaza.

—Cabo García.

—Señor.

—Venga que le firmo el ascenso.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Entraron a la municipalidad. Ignacio cerró la puerta de acceso. En la oficina Mateo estaba solo, encorvado en una silla. Su cara se había vuelto pálida. Al ver al delegado se puso bruscamente de pie.

—¡Don Ignacio! ¡Nos quieren echar, don Ignacio!

—Tomá la escopeta. Vamos a resistir.

—¿Qué pasa, don Ignacio?

—Dicen que somos bolches.

—¿Bolches? ¿Cómo bolches? Pero si yo siempre fui peronista..., nunca me metí en política.

—Eso dicen. Prepará una ordenanza nombrando cabo al agente García.

Mateo se sentó frente a la Olivetti y empezó a escribir.

—Cabo García —dijo Ignacio—, vamos a defender el municipio. Monte guardia frente a aquella ventana.

—Sí, señor.

Mateo sacó el papel de la máquina.

—¿Quiere firmar, don Ignacio?

Ignacio firmó. El cabo García miró el papel y sacó pecho.

—¡Qué va a decir mi negra! —los grandes bigotes casi le tocaron las orejas. Entraron Comini y el placero.

—¿Cuánto ganás, Moyanito?

—Ochenta y tres mil, más o menos.

—Te nombro director de parques y jardines y te aumento a ciento veinte mil.

—Gracias, don Ignacio, no sabe la falta que me...

—Cabo García, dele su pistola.

—¿Para qué, don Ignacio? —preguntó Moyano.

—Para que defiendas al pueblo.

El placero no entendió demasiado. Tomó la Ballester Molina y la miró de cerca. Estaba a punto de jubilarse y sus manos temblaban un poco.

—¡Agente García!

El vozarrón venía de la calle.

—¡El comisario! —García miró a Ignacio—. Si me ve, voy al calabozo.

—¡Agente Comini!

—Me llama el comisario.

—Usted se queda, dijo el delegado.

—Para ser vigilante me voy con él.

El comisario se había parado en el medio de la calle. Tras él estaban el oficial Rossi, el martillero Guzmán, Suprino, Reinaldo y media docena de muchachos. Ignacio se asomó por la ventana.

—¡Salí, García, te ordeno!

—Me vio, don Ignacio. Cagué.

—No te vio nada. No salgás. ¡García!

—Yo me las tomo.

—¡Pará, che! ¿Quién te nombró cabo?

—Usted, don Ignacio, pero si no salgo nos van a meter presos a todos.

—No seas pavo. Si salís te va a cagar por dejarme entrar al municipio.

—¡Comini! ¡Salí, macho! —gritó el comisario.

—Vos te quedás acá —ordenó García con voz grave.

—Estás loco.

—Te quedás, te digo.

—Nos va a dar una calabocada, che.

—Mi cabo, decí.

—Se queda acá —Ignacio apuntó el revólver al pecho del agente—. Encerralo en el baño —ordenó a García.

—Dame las armas, vos.

Comini tiró la metralleta y la pistola al suelo. El cabo lo empujó hasta el baño y cerró la puerta con llave.

—A la orden, don Ignacio.

—Preparate para defender al gobierno.

—Acá no entra nadie, señor delegado. Moyano, trabá la puerta del fondo.

—Yo no quiero que me maten.

—Te voy a matar yo si no me obedecés.

Moyano lo miró y tuvo la sensación de que hablaba en serio. Corrió a cumplir la orden.

El comisario se había parado en la vereda opuesta. Gesticulaba. Rossi se cuadró ante él y salió a toda carrera. Suprino daba órdenes a varios

civiles jóvenes que estaban armados con pistolas ametralladora y escopetas de caño recortado.

En el pavimento reverberaban el calor y la luz del sol. Rossi llegó con la camioneta de la policía y la cruzó en la esquina para bloquear el paso. Empezaban a acercarse los curiosos. El parlante volvió a funcionar:

—¡Ciudadanos! ¡Los hombres de Colonia Vela estamos librando una batalla por la libertad! ¡Fuentes, ladrón comunista con la camiseta peronista, debe irse! ¡Saquémoslo de su guarida! ¡Viva la patria! ¡Viva Colonia Vela! ¡Viva Perón!

—Qué carajo les pasa —dijo Ignacio en voz baja—. Mateo, llamá a Tandil, al intendente.

—¿Va a hablar con el intendente?

—Directamente. Si no está, lo llamás a la casa. Apurate antes de que corten el teléfono.

Mateo agitó la horquilla. La telefonista pidió el número.

—Dame con el intendente, Clarita, rápido.

—García, cerrá los postigos que nos van a tirar cartuchos de gas.

—No, si no tenemos gases en el cuartel, don Ignacio.

—Cerrá igual. ¿Qué hace el comisario?

—Barricadas. El viejo choto está amontonando porquerías en la calle. Le está sacando los cajones de verdura al rengo Durán.

Juan Ugarte entró a la oficina por la puerta del fondo. Detrás iba Moyano.